



**La conflictividad político-social como argumento de la obra de teatro  
*Esperanza nuestra* escrita por la autora riojana María de la O Lejárraga**

Carlos Sánchez Díaz-Aldagalán

Universidad de La Rioja

[carlos.sanchez@alum.unirioja.es](mailto:carlos.sanchez@alum.unirioja.es)

**Resumen**

El propósito de este artículo es analizar el conflicto relacionado con la lucha de clases que la autora María de la O Lejárraga presenta en su obra teatral *Esperanza nuestra*. Asimismo, se estudiará cuál es la postura que asumen los personajes de la familia que protagoniza dicha obra, así como las discusiones familiares que trae consigo la diferencia de opiniones. Aparte de la conflictividad social, también se analizará cómo es presentada la clase política de la época, así como las diferencias entre las posiciones políticas de los personajes. Otro aspecto que también se tratará es la relación entre la ideología de la autora y la temática de dicha obra.

**Palabras clave:** María de la O Lejárraga, lucha de clases, conflictividad social, clase política, ideología.

**Abstract**

The aim of this article is to analyse the conflict related to class struggle that the writer María de la O Lejárraga explains in her play whose name is *Esperanza nuestra*. In addition, the ideological stance of each character of the family that have the leading roles in this literary work will be another subject of study. Likewise, the family arguments that are

caused by the differences of opinion will be examined in this work. Apart from the social dispute, another issue that will be taken into consideration is the way that the political class of that period is described in this play, as well as the confrontation of the characters' political positions. Furthermore, one part of this text is about the relationship between the plot of this play and the author's ideology.

**Keywords:** María de la O Lejárraga, class struggle, social dispute, political class, ideology.

## 1. Introducción

La obra que se analiza en el presente artículo, *Esperanza nuestra*, se escribió y representó en 1917 en el Teatro Eslava. Se trata de una comedia escrita por la escritora riojana María de la O Lejárraga<sup>1</sup> (San Millán de La Cogolla, 1874 - Buenos Aires, 1984) en la que una de las tramas que se plantea es un asunto con tintes sociopolíticos, como es la reclamación de una parte de los beneficios obtenidos de las ventas de unos terrenos por parte los trabajadores de dichas tierras, negándose los Astudillo, Don Carlos y su madre, los terratenientes, a aceptar dicha petición. Esa demanda aparece expresada por los jornaleros de la siguiente manera:

“ISIDRO. ¡Vaya! De esas siete pesetas [por metro cuadrado que va a recibir Don Carlos], ¿cuántas nos corresponden?

(...)

DEMETRIO. El caso es que las tierras son de usted...

DON CARLOS. Hombre, ¡tantas gracias!

ISIDRO. Pero lo que valen es nuestro, porque de nuestro cuerpo ha salido.

DEMETRIO. ¡Y lo nuestro pedimos!” (Martínez Sierra, G., 1920, pp. 41, 43)

---

<sup>1</sup> A pesar de que Lejárraga fue la autora de una prolífica producción literaria, era su marido, Gregorio Martínez Sierra, quien firmaba las obras en solitario, de ahí que en las referencias bibliográficas que se encuentran al final del presente artículo aparezca citado él como el autor de la obra.

En cierta forma, lo que está haciendo esta autora es denunciar la desigualdad social existente en su época, situación que Patricia O'Connor (2015) define de la siguiente manera:

“It is the workers who are responsible for the wealth of the land but manage to eke out only a meagre living, while the landowners live in wealth and leisure from the profits.” (p. 146)

## **2. Desarrollo**

Este conflicto entre latifundistas y peones tiene como consecuencia una confrontación entre los miembros de la familia de Don Carlos, viéndose un reflejo de las dos posturas ideológicas que imperaban en la época: la conservadora y la progresista.

La ideología más conservadora aparece encarnada en la figura de doña Isabelita. De este personaje resalta el aprecio que siente por su hijo:

“DOÑA ISABELITA. *Levantándose con violencia, cogiéndole, con las manos agarrotadas, por los dos brazos, y mirándole con desvarío, en un ataque de avaricia y de amor maternal desesperados.* ¡Todo es tuyo...todo es para ti...porque tú eres mío!...Guárdalo, hijo... consérvalo tú... ¡No se lo des a nadie... a nadie!...No consientas que nadie te lo quite...Yo te lo doy todo *Con restricción avara* cuando me muera; pero a ti solo, a ti... ¿lo oyes? ¡A ti!” (Martínez Sierra, G., 1920, p. 80).

El materialismo y el interés por sus posesiones que siente la anciana, le lleva en primer lugar, a ver su hijo como una más de sus propiedades («tú eres mío»), y, en segundo lugar, a ver a Don Carlos como el único heredero posible de su fortuna.

Destaca la antítesis que se establece entre la anciana y el recuerdo de su difunta nuera. Frente al materialismo de Doña Isabelita aparece la generosidad y la empatía con los más necesitados que caracterizaba a Conchita, la madre de sus nietos:

“DOÑA ISABELITA.- *Con rencor retrospectivo de suegra,* ¡Es hijo de su madre!

DON CARLOS.- ¡Pobre Conchita!

DOÑA ISABELITA.- *Con mala intención.* Pobre sería, cuando tú lo dices...También a ella le daba por defender a los descamisados. Cuando venía aquí, siempre andaba rodeada de chicos que la llenaban de mocos y babas...,y contaba la historia...o el cuento, de no sé

qué rey, que dice que quería que cada súbdito echase una gallina en el puchero... ¡Calcadito a ella ha salido su hijo!" (Martínez Sierra, G., 1920, p. 53)

El clasismo del personaje femenino lleva a denominar a la gente de clase baja como "descamisados". Frente a ese desprecio de la clase baja se presenta el recuerdo de Conchita, la madre de sus nietos, como una mujer que ayudaba a los pobres y que defendía la igualdad de las personas sin diferencia de clase social, como se deja entrever por el argumento del cuento que relataba a los niños, manera de pensar que parece compartir el hijo de la difunta, Lorenzo.

Esta anciana también se caracteriza por el desprecio que siente por los jornaleros que trabajan en sus tierras. Además de rechazar las reclamaciones económicas de los obreros, Doña Isabelita entiende la relación trabajador-patrón de la forma en que en la Edad Media se entendía el vínculo vasallo-señor, por lo que ve como única solución al conflicto el que los trabajadores de sus fincas reconozcan su autoridad, como se puede ver en su siguiente intervención:

"DOÑA ISABELITA. *Con fiereza.* ¿Tratar? ¡Cuando ellos [los jornaleros] vengan aquí de rodillas, como les corresponde *Sale sin mirar atrás* veremos lo que se hace!" (Martínez Sierra, G., 1920, p. 57)

En el análisis que la profesora Patricia O'Connor (2015) hace del personaje de Doña Isabelita, la presenta como a una terrateniente despótica y reaccionaria, como se puede ver en la siguiente cita:

"(...) Doña Isabelita represents the landowner who selfishly looks out for his own welfare while ignoring the plight of his workers. (...) Doña Isabelita sees no reason for a change in the pattern; for she owns the land and reaps the profits that she feels are rightfully hers." (p. 146)

La aparición de personajes con una moral tan estricta como la de Doña Isabelita es una constante en la producción teatral de la autora. Si bien se trata de personajes de ficción, para esta tipología femenina Lejárraga<sup>2</sup> (2000) pudo inspirarse en su propia suegra, a la que describe de la siguiente manera:

---

2 María de la O Lejárraga, una vez fallecido su marido, firmó sus obras como María Martínez Sierra, adoptando el apellido de su difunto esposo. Entre esas creaciones se encuentra la obra de la que se toma el extracto: *Gregorio y yo. Medio siglo de colaboración.*

“Era mi suegra católica que hubiera merecido ser calvinista, enemiga de toda blandura para sí y para el prójimo, atisbando el pecado hasta en un suspiro, trabajadora encarnizada, exigiendo de todos los suyos intransigente adhesión al dogma católico tal como ella, educada por mojas, lo entendiera, y no les consentía un momento de ociosidad material que pudiera dar lugar a un ensueño pecaminoso o siquiera frívolo.” (p. 69).

A pesar de que la escritora enfatiza el fervor religioso de la madre de su marido, sí que aparece un rasgo que comparte dicha mujer con este personaje femenino: su autoridad con respecto a su familia. De la misma forma que su suegra impuso el dogma católico en su hogar, Doña Isabelita impone su criterio y domina a su hijo.

Al igual que su madre, Don Carlos muestra su avaricia y su desprecio por la clase trabajadora, rechazando las reclamaciones que hacen sus empleados:

“DON CARLOS. (...) ¡La culpa la tiene el que conserva tierras y da de comer a tanto miserable, pudiendo tener su dinero en dinero; sí, señor, en la cuenta corriente de un Banco, donde ningún destripaterrones se puede figurar que, porque ha hecho cuatro surcos torcidos, ya está uno obligado a repartir con él!” (Martínez Sierra, G., 1920, pp. 81-82)

El personaje de Don Carlos reafirma su conciencia de clase, con lo que se posiciona como un hombre de ideología conservadora, produciéndose una semejanza entre la anciana y su hijo, con lo que este aparece como su equivalente masculino.

Frente al conservadurismo de su abuela y de su progenitor, Lorenzo aparece como un joven que defiende una ideología progresista y transgresora para la época. Ante las reclamaciones que hacen los jornaleros, este personaje se muestra comprensivo y dispuesto a aceptarlas:

“LORENZO. *Con dulzura y firmeza*. Que no emigrarán...porque tú, padre, les darás lo que piden.” (Martínez Sierra, 1925, p. 48)

La expresión de sus ideas trae como consecuencia un enfrentamiento con su padre y su abuela, que rechazan su forma de pensar:

“LORENZO. La tierra es tuya; el trabajo es de ellos: el fruto del trabajo y de la tierra es tuyo y es suyo...”

DON CARLOS. Mitad por mitad, ¿no?

LORENZO. ¡Ellos se contentan con la cuarta parte!

DON CARLOS. ¡Ah! ¿Te parece poco? Di de una vez que me deben ahorcar por burgués los señores trabajadores.

LORENZO. ¡No, padre, todos debemos vivir!

(...)

DOÑA ISABELITA. Siempre ha habido pobres y ricos, ¡y siempre los habrá, porque es ley de Dios!

LORENZO. Muchos siglos se ha estado diciendo que era ley de Dios el que hubiese hombres libres y esclavos.

(...)

LORENZO. No, padre...eres un hombre bueno, que, hasta ahora, no ha pensado cuál era su deber; pero, en cuanto lo pienses, lo cumplirás...estoy seguro de que lo cumplirás...porque si no lo cumples..." (Martínez Sierra, 1925, p. 48-49)

Frente a la ideología más bien de izquierdas que defiende Lorenzo, Doña Isabelita y Don Carlos muestran una postura más conservadora, exponiendo las normas y convenciones sociales que benefician a su posición de latifundistas, ya que la anciana menciona el componente religioso en su defensa de la diferencia de clases. En cierta forma, se podría ver este enfrentamiento familiar como un reflejo en la ficción de la situación política de la España de aquella época.<sup>3</sup>

Al igual que el padre y la abuela de Lorenzo muestran una ideología diametralmente opuesta a la suya, Nené, su esposa, también se caracteriza por un clasismo semejante al de sus otros parientes, como se puede ver en el siguiente fragmento:

---

<sup>3</sup> A principios del siglo XX se mantenía el sistema de rotación de los partidos políticos fundados por Cánovas (Partido Conservador) y Sagasta (Partido Liberal) establecido durante la Restauración Borbónica. También destacan en la vida política de aquella época el Partido Socialista de Pablo Iglesias y los republicanos como Alejandro Lerroux.

“NENÉ. (...) Otra delicia de la vida campestre...Cada cinco minutos, un mendigo a la puerta, y por los caminos no le dejan a uno dar un paso con tranquilidad... (...)” (Martínez Sierra, 1920, p. 16)

La crítica a los poderosos y defensa de los trabajadores que realiza Lorenzo, personaje más liberal de la obra, en cierta forma es un reflejo de la propia ideología de la autora, que decía en su obra *Una mujer por caminos de España* que “la dominación de un cacique en los poblados míseros es implacable e inevitable. El cacique lo puede todo porque lo posee todo” (Martínez Sierra, M., 1989, p. 134).

A pesar de que *Una mujer por caminos de España* es una obra escrita por Lejárraga en los años treinta, el extracto anteriormente citado de la misma, muestra el rechazo que le producía la actitud de los terratenientes. En base a esto podemos considerar a Lorenzo como un posible *alter ego* de la escritora.

Ese rechazo del caciquismo está vinculado con su pensamiento político, ya que María de la O Lejárraga era socialista. Antonina Rodrigo (1992) explica de la siguiente manera el posicionamiento ideológico de esta escritora:

“María Martínez Sierra puntualizaba que ella era socialista por puro realismo, porque desde su niñez vivió cerca del pueblo. Su padre era médico rural y más tarde ejercería en los arrabales de Madrid, en asilos y orfanatos, atendiendo a gentes desahuciadas por la sociedad, cuya situación marcó profundamente su adolescencia. Ese conocimiento de la realidad fue dándole respuesta a interrogantes que la intrigaban desde su infancia: « ¿Por qué el que trabaja más es el que come menos? ¿Por qué el que no hace nada es rico y puede comprar cuanto se le antoja?»” (p. 267)

Durante la Segunda República tuvo un papel activo en la vida política española, ya que ejerció de diputada por Granada en el Congreso, formando parte del grupo socialista, destacando sobre todo su labor en la lucha por los derechos de la mujer y la igualdad entre sexos.

La resolución del conflicto con los obreros se soluciona con un cambio de roles en las relaciones paternofiliales existentes entre Lorenzo y Don Carlos, ya que al final es el hijo quien lleva la voz cantante mientras que su padre muestra una actitud sumisa, como se puede ver en el siguiente fragmento:

“LORENZO. (...) ¡El que niega al pueblo la sabiduría es tan criminal como el que le mata de hambre! ¡Quiero sembrar, sembrar sin descanso!...Ayúdame tú...

DON CARLOS. ¿Quieres que a mis años me dedique también a maestro de escuela?

LORENZO. No; pero sin ti yo no puedo hacer nada...porque la tierra es tuya...Dámela...¿No dices que la quieres para mí?

DON CARLOS. (...) ¡Creo que estás loco, creo que estás ciego; pero no puedo quedarme sin hijo!... con dolor. ¡No te entiendo, no te entenderé nunca...pero haz lo que quieras! *Llorando y vencido*. Yo ya soy viejo...yo ya no soy nadie...*Tendiendo los brazos hacia Lorenzo*. ¡Haz lo que tú quieras...pero no me dejes!” (Martínez Sierra, G., 1920, pp. 119-121)

La actitud suplicante de Don Carlos contrasta con la fuerza de carácter que mostraba al despreciar las peticiones de los trabajadores de sus tierras. Lo que viene a resaltar Lejárraga con el desenlace de su comedia, aparte de los lazos familiares, es el triunfo de las ideas avanzadas, que defiende Lorenzo, sobre las tradicionales, por las que aboga Don Carlos.

El otro asunto que aparece planteado en esta obra es la política. La autora plantea una crítica velada a los políticos de la época, al mostrar el vínculo existente entre los órganos de gobierno y el poder económico por medio de la relación establecida entre Don Natalio y Doña Isabelita y su hijo, ya que la anciana y Don Carlos forzaron la elección de dicho personaje como diputado por la provincia:

“DON CARLOS. *Nervioso*. ¡Mío y tuyo [en referencia al diputado], que tanto has trabajado tú por él como yo!

(...)

DON CARLOS. El pobre Natalio no ha inventado la pólvora; pero no hace más que lo que se le manda.” (Martínez Sierra, G., 1920, p. 54)

Mediante estas intervenciones del cacique, se muestra a Natalio, el diputado, como un subalterno que actúa acatando los dictámenes de los Astudillo. De hecho, el propio político reconoce la influencia que han tenido dichos latifundistas en su elección como diputado:



“CARMITA. ¡Ay, qué pesado se pone usted con el caciquismo dichoso! ¿Qué le han hecho a usted los caciques?

NATALIO. ¿A mí? Diputado.” (Martínez Sierra, G., 1920, p. 21)

La escritora llega incluso a mencionar la manera en que los caciques solían conseguir que saliera electo el partido político al que apoyaban cuando Carmita, la hija pequeña de Don Carlos, dice de su familia que “tenemos muchísima influencia...porque le vendemos al Gobierno muchísimos votos para que salgan diputados malos...” (Martínez Sierra, 1920, p. 89).

Además de mostrar la relación que existía a principios del siglo XX entre los caciques y políticos, también plantea una oposición entre la manera que tienen de entender la política los personajes, más concretamente Don Juan Antonio, jefe de un partido político en la provincia, y Enrique, un joven periodista. Frente a la aceptación del orden establecido por parte del primero aparece el deseo del segundo de entrar en política para cambiar las cosas, como se ve en el siguiente diálogo que intercambian y en que participan otros personajes:

“DON CARLOS. A Enrique, en cuanto se han sentado. ¿No le gustaría a usted ser diputado?

ENRIQUE. ¡Ya lo creo! Muchísimo..., pero por mi pueblo.

DON JUAN ANTONIO. ¿Y cuál es su pueblo de usted?

ENRIQUE. Un rincón perdido a orillas del Ebro.

DON CARLOS. Eso no es obstáculo: todo puede arreglarse.

ENRIQUE. *Con naturalidad.* Es que tengo capricho de que me elijan mis paisanos; pero ellos, por su voluntad, cuando piensen que puedo servirles de algo; y como todavía no soy nadie, ni sirvo para nada, tengo que esperar.

(...)

ENRIQUE. *Sonriendo.* De nada. Pero es que yo no quiero que la política me sirva a mí, sino servir yo a mi país con ella.

(...)

DON JUAN ANTONIO. *Muy hombre superior*. Sí, a esa edad....todos hemos soñado con arreglar el mundo..., pero después...

DON CARLOS. Después, amigo, la pelea es dura, y hay que gastar todas las energías, y más que uno tuviera, en defenderse para no caer.

ENRIQUE. Los políticos profesionales, sí, porque, como no son ustedes más que políticos, en cuanto caen ustedes, ya no son nada. Por eso precisamente, quiero yo ser algo, y, si es posible, mucho, antes de entrar en esa que usted llama pelea: para no pensar en mi propio interés cuando esté peleando, y para que, si caigo, defendiendo lo que creo que debo defender, la caída no sea para mí una catástrofe, sino una honra." (Martínez Sierra, G., 1920, pp. 35-36)

Como se puede observar en este fragmento, Don Carlos y su amigo ven al periodista como a un joven idealista, entendiendo ellos la política como un ámbito en el que quienes participan deben preocuparse por su propio interés dejando de lado sus ideales y el bien común. Frente a esa postura acomodaticia con la situación política del momento, Enrique muestra una perspectiva más crítica, rechazando la idea de entender la política como una fuente de ingresos. Este personaje concibe a los políticos como personas que están al servicio de los ciudadanos a los que representan y que deben defender unos ideales y no su propio interés. En esa línea de pensamiento se encuadra Lorenzo, que defiende la meritocracia como forma de gobierno:

"LORENZO. *Desde su escaño, sin moverse*. Tiene usted razón. *Empieza a hablar con calma; pero se va exaltando poco a poco*. Esa sería la salvación de España...y del mundo...El gobierno de los excelsos, de los capaces, de los que hubieran demostrado, en una actividad anterior, que saben, y pueden, y quieren hacer algo...*Se levanta y se acerca a la mesa mientras habla*. Los nobles voluntarios, de que habla el soñador inglés, los vencedores de la vida, dando todo el fruto de su vida, todo el cerebro y todo el corazón por el bien de la patria." (Martínez Sierra, G., 1920, p. 36)

Lo que hace Lejárraga, es contraponer el conservadurismo y el progresismo, representada la primera forma de pensamiento por Natalio, Don Juan Antonio y Don Carlos, mientras que la segunda la defienden Enrique y Lorenzo. Se trata de una contraposición gracias a la cual la autora está criticando el sistema imperante en España en ese momento y exponiendo otra forma de gobierno y una manera distinta de actuar por parte de los políticos.

### **3. Conclusión**

A modo de conclusiones, esta obra de teatro presenta dos grandes temas de conflicto: la lucha de clases y la situación política española de principios del siglo XX.

La lucha de clases se presenta por medio de la solicitud por parte de unos trabajadores de la repartición de los beneficios obtenidos por los caciques de la venta de los terrenos que los primeros trabajan. Ante dicha petición, se muestran dos actitudes en el seno de la familia Astudillo, los latifundistas. En primer lugar, la actitud receptiva por parte del hijo del cacique, Lorenzo, que entiende como justa dicha solicitud e incluso presiona a su progenitor para que haga entrega de la suma que ellos piden. Esa empatía con la posición de los trabajadores parece heredada de su difunta madre, que también se preocupaba por la situación de la clase baja. Por el contrario, su padre, Don Carlos, rechaza la petición que hacen sus subordinados y se reafirma en su posición de su superioridad con respecto a los susodichos. Similar a la de su hijo es la actitud de la que hace gala Doña Isabelita, que defiende la diferencia de clases y ve como una insensatez el planteamiento de su nieto, pues se ve a sí misma como alguien superior a los jornaleros.

Por lo que respecta a la clase política, aparece representada en la figura de Natalio, un diputado que actúa como un títere al servicio de los terratenientes, Don Carlos y Doña Isabelita, cuyas órdenes cumple ya que gracias a ellos consiguió su escaño.

También la política aparece como tema de conflicto en los diálogos que mantienen los personajes. Como ocurre en el caso de la lucha de los jornaleros, se muestran dos posiciones. Por un lado, personajes como Don Carlos y su amigo Don Juan Antonio que entienden dicho mundo como un ámbito en el que medrar y en el que importa más defender la propia posición que el interés general. Por otro lado, el hijo de Don Carlos, Lorenzo, defiende la meritocracia como manera de elección de los gobernantes y Enrique, un periodista, que concibe la política como el medio para defender los intereses del pueblo y no como un vehículo para obtener beneficios personales.

En la obra se puede ver una cierta influencia de la propia forma de pensar de Lejarraga, ya que los preceptos que defiende Lorenzo entroncan en cierta forma con la

ideología socialista que defendió la propia autora, también preocupada desde su infancia por la diferencia de clases y por las necesidades de los más desfavorecidos a nivel social.

#### **4. Referencias bibliográficas**

Martínez Sierra, G. (1920). *Esperanza nuestra. Sueño de una noche de agosto. Rosina es frágil*. Madrid: Editorial Saturnino Calleja.

Martínez Sierra, M. (1989). *Una mujer por caminos de España*. Madrid: Editorial Castalia. Biblioteca de Escritoras.

Martínez Sierra, M. (2000). *Gregorio y yo. Medio siglo de colaboración*.  
Valencia: Pre-Textos.

O'Connor, P. W. (2015). *Women in the Theatre of Gregorio Martínez Sierra*.  
Estados Unidos: Palala Press.

Rodrigo, A. (1992). *María de la O Lejárraga. Una mujer en la sombra*.  
Barcelona: Círculo de Lectores.